



CAPÍTULO III.

EL TESORO VIRGEN CABE DENTRO DE LA
CAJA VACIA.

POR qué hemos de retroceder, Chona, en nuestra pendiente? si somos los Sísifos del destino, luchemos.

—¿Contra quién?

—Contra el mundo.

—¿Contra el deber?

—Contra todo.

—Y cuando hayamos triunfado, cuando hayamos logrado romper todos los lazos; ¿qué encontraremos?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, N.M.

36217

— ¡La felicidad!

— ¿Qué felicidad? ¿usted cree en eso?

— Por la primera vez.

— ¡Ay! ¿de qué ingredientes tan raros se compondrá esa felicidad en que cree usted tan tarde?

— Se compone de esencias vírgenes, de eflúvios desconocidos, de intuiciones jamás sentidas por nadie; se compone de usted..... ¡Ah! si la juventud tuviera una crisálida en que esperar el estío, ¡qué suma de amor! ¡qué tesoros de poesía! ¡qué fuego podría ofrecer la mujer redentora entonces, verdadera copa de miel, verdadera reina!.....

— La juventud de hoy, Chona, es un ramillete de flores en miniatura; las jóvenes son flores que apenas brotan se marchitan; apenas se abren se asemillan; su vida es de un día; viven aprisa; se precipitan para llegar á un fin, y mueren antes de haber vivido con el alma, con el amor; esos ejemplares totalmente botánicos, pueblan este mundo, y nosotros los jardineros, los hombres, alfombramos nuestro camino con pétalos, con

insuficiencias, con embriones y nos fastidiamos.

— Pero usted!... ¡Ay Chona! allá en el fondo de su alma está un sagrario de amor; está un tesoro de felicidad; está algo que por inmaterial, que por infinito no está tocado, porque todos los hombres á su vez han sido para usted pétalos; han sido también flores, más que prematuras, raquíticas, si es que no han estado envenenadas desde su primera generación.

— ¿Usted cree que acabó en mí todo? lo mismo creía yo, pero para tocar ese símbolo de eternidad que usted encierra en su amor, no se necesita el caudal que se ha despilfarrado en flores; se necesita de otra virginidad compatible, de un caudal de reserva que ninguna mujer ha osado tocar, porque ninguna mujer se parece á usted en el mundo.

— ¡Qué más! siento en mí la redención; mi alma brota de mis ruinas y renazco á una vida nueva, espléndida, eterna; vida cuyas puertas sabe usted abrir con una sonrisa;

vida que está más allá de todas las miserias, de todas las trabas, de todas las rémoras humanas. ¿No es verdad que soy otro?

—Ayer, quiere decir, cuando nos conocimos, halló usted en mí la ruína de fútiles prodigalidades, la caja vacía de los juguetes del alma; hoy al transformarme encuentro yo mismo, que lejos de haber perdido lo que lloraba, no he hecho más que tirar la basura para guardar las flores; la vida moral del hombre bien puede ser solo un crepúsculo, pero si el hombre encuentra un sol puede vivir en pleno día. ¡Usted es mi sol!

Chona oyó á Salvador, pero lo oyó no como el juez, ni siquiera como el interlocutor; Chona se perdió asida á las alas de la fantasía de Salvador; había perdido la facultad de analizar, y mientras Salvador hablaba, Chona lo seguía en su viaje fantástico, como había seguido en la noche anterior el impulso de sus sueños, sin esfuerzo, sin resistencia.

En una situación semejante, la cesación de la palabra es un abismo, y no parece

sino que la verdad magestuosa y severa, no se presenta sino en ocasión solemne para hacer comprender todo su prestigio.

Bastó una pausa, bastó el silencio, para que el espíritu de Chona, que se había elevado como un aereostato al impulso del fuego de Salvador, descendiese lentamente hasta tocar el frío asiento de la verdad.

—¿Por qué calla usted, Chona? le preguntó Salvador presintiendo la transición.

—Porque tiemblo.

—¡Temblar! quién osaría detener mi pensamiento! ¿quién me impediría tocar una felicidad que me pertenece?

—El deber, Salvador.

—¡El deber! ¿y quién traza ese deber? ¿qué ley es ésa de tan raquíticas proporciones?

—¡Salvador, usted delira!

—No, Chona, raciocino; y si no estuviera colocado en el terreno de una insuficiencia, de una anomalía, me creería sin derecho para robar una paz que no podría devolver. Dígame usted que ama á Carlos; dígame

usted que Carlos la ama á usted; pruébeme usted que es feliz; enséñeme usted la flor de su alma abierta, lozana, pura, y dígame usted: este es el fruto de mi amor; esta es mi dicha; dígame usted todo eso y me reprocharé á mí mismo mi conducta, y avergonzado huiré de usted; pero si usted no ha amado nunca, si no ha sido amada, si no es usted feliz, nadie que yo sepa tiene derecho de exigir de usted un sacrificio estéril; no hay deber que, sin ser contrario á la naturaleza, pueda pedir á una mujer que no tenga corazón; ni habrá ley que me obligue á no sentir por usted lo que siento.

—¡Salvador!.....

—Tiembla usted delante de la luz, delante del amor, y no ha temblado usted algunos años matando en embrión sus ilusiones. No ha temblado usted en medio de las tinieblas de una unión fría y forzosa como una cadena de hierro.

—Sí; pero esa cadena es indestructible.

—Todas las cadenas se rompen.

—Con el precio de la infamia.

—No: de la libertad.

—¡Libertad! no pronuncie usted esa palabra que nunca he visto aplicada sino al libertinaje, que no he oído evocar más que á los esclavos de sus propias miserias!

—¿Acepta usted su condición de esclava?

—De mi deber, sí.

—¿Cuál es ese deber?

—No amar á nadie.

—¡Error! ¡error! ¡no amar á nadie! ¿Por ventura me aborrece usted, Chona?

—No, todo lo contrario.

—Usted me ama. No la creo á usted capaz de mentir, ni de engañarme.

—¡Es cierto!

—¿Y quién ha sido capaz de impedirlo? ¿qué deber es ése de que usted me habla, que pueda ser superior á esa espontaneidad? ¿Ese formidable deber, ese centinela avanzado, osó siquiera presentarse anoche á turbar el éxtasis á que la entregó á usted la música? ¿Se atrevió ese cancerbero á acercarse al lecho de usted para turbar su sueño? ¿Ese deber no se ha callado cobar-

demente, mientras usted pensaba en mí, mientras veía usted mi retrato?

—¿Usted sabe?.....

—¿Qué, que ha contemplado usted mi retrato? sí; lo sé, porque yo á la sazón veía el de usted y el retrato de usted me hablaba; sobre que me he vuelto espiritista.

Esta vez no se rió Chona, estaba vencida.

De los ojos de Chona se desprendía una lágrima.

—¡Chona! exclamó Salvador lleno de entusiasmo; ¡Chona! repitió como en actitud de caer á sus piés; esa lágrima es el bautismo del amor: esa lágrima consagra nuestra unión eterna; esa lágrima es de amor.

Salvador iba á tomar entre las suyas una mano de Chona; pero ésta apenas comprendió el movimiento, se levantó de su asiento como movida por un resorte y se apartó de Salvador.

Había en el semblante de Chona un gesto tan aristocráticamente amargo, que Salvador sintió rebelarse todo su orgullo, se sintió herido profundamente y á su vez se

levantó, pero no con altivez; estaba pálido como en el momento que precede á la muerte: se hubiera podido juzgar por su semblante, que realmente acababa de recibir una herida en el corazón.

Ante aquella palidez Chona no pudo sostener su mirada, y tuvo un momento de horrible angustia.

Se apoyó en el respaldo del sillón.

Salvador estaba inmóvil.

Sonó la campana del reloj, y esta vibración repentina fué como un toque eléctrico; Chona y Salvador la sintieron en todo su cuerpo.

Chona extendió el brazo para indicar á Salvador la hora que apuntaba el reloj.

A aquella hora subía Carlos.

Simultáneamente y en silencio, Chona se dirigió á las piezas interiores y Salvador salió de la sala.

Cuando Chona estuvo sola, cerró las puertas y avisó que no la molestaran: pasó dos horas en silencio y á oscuras; solo que aquellas dos horas difirieron completamente de

las otras dos que había dedicado en la mañana á sus ensueños.

La figura de Salvador, tan interesante y tan buen mozo, se le presentaba á la imaginación con aquella palidez mortal, con aquel aspecto de atonía y de dolor en que lo había contemplado el último momento; aquella palidez tenía para Chona, no sabemos qué alta significación que la preocupaba de una manera horrible.

—Lo he lastimado profundamente, decía Chona; he sido muy cruel ¡inútilmente cruel! ¡qué transición tan dolorosa! ¡él estaba lleno de pasión, lleno de entusiasmo, sí, porque Salvador me ama, me ama aunque no me lo dijera, y me ama de una manera superior á cuanto podía yo figurarme..... y yo..... yo me he levantado de mi asiento como ofendida por un lacayo; ¿por qué hice eso? ¿por qué se sublevó en mí tanto orgullo y tanta altivez? El no hubiera sido capaz de nada, iba á acariciarme tal vez sin pensar que me ofendía ¡pobre Salvador! El tan orgulloso, tan mimado, tan querido, pa-



Salvador estaba inmóvil.

reció que se había quedado sin sangre, y todavía así, no se atrevió á decirme que lo había yo herido..... ¡pobre Salvador!.....

—Pero bien, ¿qué debo hacer? él tambien sabe que lo amo, me lo dice, lo conoce, lo ha conocido ya y juntos estamos al borde de un precipicio.

—Ese precipicio es el crimen... ¡Adúltera! ¡qué fea palabra! ¡qué horrible idea!..... ¡el crimen!..... ¿yo criminal? ¿yo confundirme con esas gentes á quienes siempre he denigrado? ¿yo ser una de tantas mujercillas ligeras, vanas, corrompidas y locas?... ¡ah! no; jamás, jamás; yo sabré ocultar mis sentimientos, yo recurriré á..... á la medicina; ha de haber algo contra esta especie de envenenamiento..... debe haber oraciones contra este pecado....., debe haber métodos contra estos accesos..... ¿y quién me podrá dar ese remedio? basta mi voluntad..... ¿y si sucumbo, y si mi resistencia determina una catástrofe, porque Salvador es capaz de todo? Veo que su vida está pendiente de mis labios; hoy creí que iba á caerse muer-

to..... si mañana me encontrara severa, fría, altiva..... Las gentes dicen que tengo altiveces insoportables, me han dicho que parezco reina; esto puede ser cierto, debo estar odiosamente grave cuando me revisto de todo mi orgullo, cuando dirijo una de mis miradas de desprecio..... ¡Ah! pobre Salvador!..... pero si por docilitarme me dejo llevar y cuando menos lo piense estoy ya en la pendiente resbaladiza que conduce al crimen?... Si llega un momento en que no puedo retroceder?..... ¡Ah! no, eso jamás— yo puedo ser en todos casos dueña de mí misma, y si encuentro un hombre sabio, un hombre que me sepa aconsejar, un sacerdote virtuoso..... con esa ayuda seré doblemente fuerte, de esa manera podré luchar y acaso sin dar lugar á nuevas faltas y sin exasperar á Salvador, saldré triunfante en esta lucha terrible que se ha empeñado ya. Sí, sí, ánimo, ánimo! porque la más pura, la más grande de las satisfacciones de mi vida, será la de haber triunfado de una seducción que se presenta á mis ojos

con tantos atractivos, con tantos encantos.

Esa tarde necesitó Chona respirar otro aire que no fuera el de su estrecha habitación.

Era una tarde de diciembre, el cielo estaba entoldado con una capa cenicienta y uniforme, y la naturaleza yacía en esa calma triste del invierno en la que las hojas de los árboles, como si estuvieran muertas, dejan que el polvo las cubra y permiten indiferentes que los insectos extiendan sobre ellas sus telas, que á su vez recogen y aprisionan grupos de hojas secas que se alejaban, y que, como los fragmentos carnosos de una momia, le quedan por atavíos al esqueleto; había algunos árboles horribles ostentando sus desnudos varejones, y en algunos recodos esas informes masas negras compuestas de hojas secas envueltas en telas de araña; cloacas que quedaron como último albergue á muchos insectos sorprendidos por el frío y por la desolación.

Chona se envolvió en un abrigo de cachemira, puso las manos en un manguito de

pieles y se hizo conducir en uno de sus coches al paseo de Bucareli, arrellenada en el fondo del coche y proponiéndose no saludar á nadie.

El carruaje en que iba Chona, era un cupé inglés negro con alto pescante y tirado por dos hermosos frisonos negros también.

Los criados, con ese tino particular del que está acostumbrado á servir, habían adivinado que Chona estaba de mal talante.

—No te pares, le dijo el lacayo al cochero.

—¿Por qué?

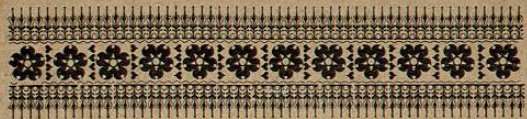
—¿No ves que la señora está de flato? Si nos paramos se incomoda; sigue, sigue.

—Hemos trotado una hora y mira al chico.

—¡Cómo está tan ovachón!

—Pues eso has de ver.

Sin haberse parado un momento, Chona llegó á su casa después de la oración.



CAPÍTULO IV.

DON ARISTEO TENTADO DEL DEMONIO.

CUANDO llegó don Aristeo á la casa de Sánchez, doña Felipa lo esperaba impaciente.

—¿Qué tal? preguntó á don Aristeo.

—Quite usted allá, doña Felipa! ¡qué mujer!

—¿Qué tiene?

—En primer lugar es hermosísima.

—¿Oiga?

—No he visto una mujer más linda.

—¿Es posible?